

El padre Isla y la política en el reinado de Fernando VI

José Luis Gómez Urdáñez*

De la Juventud triunfante al Día grande

Cuando el joven jesuita Francisco José de Isla y Rojo escribió *La Juventud triunfante*, en 1727, en el clima de euforia que había producido la canonización de los jóvenes jesuitas san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, corría por los claustros otro vendaval de entusiasmo: el que despertaba el también joven príncipe de Asturias, la esperanza que podría poner fin a tanto desencanto como estaba sufriendo una parte de la élite política española, la que obviamente contaba en su seno con muchos hermanos del padre Isla.

La primera decepción había sido la muerte del rey Luis I, hijastro de la ya odiada Isabel Farnesio, en el que muchos habían depositado las esperanzas de reorientar la monarquía, pues de los reyes padres no se esperaba ya un cambio, ni de vida –el rey ya hacía de la noche día–, ni de política –ni el abate Alberoni ni el aventurero Ripperdá habían dejado buen recuerdo–; además, Marica y Perico¹ ya habían reparado en el pobre príncipe Fernando despreciado por su madrastra, sobre todo una vez que se produjera la segunda decepción: la vuelta al trono de Felipe V, tan dudosa jurídicamente que motivó ya muestras de descontento. El príncipe era definitivamente postergado, tanto en sus derechos al trono

* Universidad de La Rioja

¹ Sobre la agitación y la opinión, véase el clásico EGIDO LÓPEZ, T., *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*, Universidad de Valladolid-Fundación española de Historia Moderna, 2002, reedición en homenaje al maestro, al que nos sumamos.

como en su relación con el rey, su padre, y –más importante– era apartado de cualquier ámbito de poder. Curiosamente, los valedores del futuro rey utilizarán este argumento para justificar sus limitaciones en materia política.

Desde entonces sólo quedó la espera ...y nuevas decepciones, pues los intentos de abdicar del rey, o eran parados por su mujer, que no podía imaginar un futuro con su hijastro en el trono (al final acabó sufriendolo con dureza), o se desvanecían por el alejamiento de ese Versalles idealizado por el que, en definitiva, se había criado allí, en el palacio de su abuelo². Mientras, el príncipe Fernando, desposado en 1729 con “la portuguesa”, como era llamada Bárbara con desprecio, iba viendo pasar el tiempo, asistiendo a las fiestas de celebración de los éxitos de su hermano, el gran Carlet, el futuro Carlos VII de Nápoles y III de España, el favorito de su madre, el que había devuelto a la corona el orgullo de pertenecer al mundo triunfante *Grand Borbón*, la máxima aspiración de la Parmesana³.

Contra los que no tendrían más remedio que esperar, muchos se cobijaron a la sombra del ganador (más bien ganadora). Había que elegir. El mismo año de *La juventud triunfante*, 1727, Torres Villarroel, obviamente más en el mundo que Isla, escribía sus *Visiones y visitas...*, un libro que el sagaz escritor dedicaba al futuro Carlos III, lo que le abrió las puertas de la corte. Ya conocía al infante Carlet, y a la condesa de Arcos; luego será asiduo de la casa de Alba, y a través de la condesa, de don José de Carvajal. Antes, ha sido amigo de Ensenada, a quien dedicó el almanaque de 1745 –obviamente, al poco de que éste fuera ministro–, presumiendo luego de haber sido recibido en su casa “más de cuarenta veces”. En 1727, la dedicatoria de las *Visiones* al infante Carlos le permitirá pasar un mes en El Escorial, lo que “hizo de él en un

² En general, sobre la corte de Felipe V y la importancia de esa idealización, así como la difícil adaptación a la corte y maneras de España, véase la mejor obra de conjunto: ALFONSO MOLA, M. y MARTÍNEZ SHAW, C., *Los Borbones, Felipe V*, Madrid, 2001.

³ Las dos obras más recientes, FERNÁNDEZ, R., *Los borbones, Carlos III*, Madrid, 2001, y PÉREZ SAMPER, M. A., *Isabel de Farnesio*, Madrid, 2003.

sexenio un autor de almanaques conocido de todos y asentó las bases de su futura red de protectores”.⁴

Sin embargo, el padre Isla, que acabará polemizando con este personaje típico y oportunista –sólo por eso debió adoptar la capa del antijesuitismo–⁵, había elegido el otro camino, el de la espera: el destinatario de la dedicatoria de “La juventud triunfante” era nada menos que el príncipe Fernando, el futuro Fernando VI, el símbolo de las esperanzas que culminarán casi veinte años después, cuando muera Felipe V. Entonces, el padre Isla recibirá el encargo de escribir otra obrita laudatoria, cuyo destinatario será, obviamente, el mismo Fernando, ahora convertido en rey de España y, por ello, en protagonista de ese ...*Día*.

La alegría con que fue acogido este “deseado” fue inmensa. Durante todo el verano de 1746 se prodigaron las aclamaciones y los levantamientos del pendón real en las ciudades, en medio de fiestas, oficiales y populares, a veces incluso con cierta falta de respeto a los lutos por el difunto (lo que Isla, con su estilo jocosos, advirtió en Pamplona⁶). Como de costumbre, las proclamaciones y otros actos de

⁴ SOUBEYROUX, J., “Torres de Villarreal entre Salamanca y Madrid: acerca de las relaciones de don Diego de Torres con la corte”, en DELGADO, J.M. y GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., *Ministros de Fernando VI*, Universidad de Córdoba, 2002, p. 207.

⁵ Isla se dio cuenta del enorme atraso de Torres en asuntos científicos, lo que le hizo tomar la pluma y decirle que era “una tabla rasa o un bello lienzo bien imprimado o imprimido (nótese la ironía), que no tiene entera pintura sino tal cual chafarrinón de todas las tintas”. Isla, como Burriel o Mayans, se asombraban de que el catedrático no sólo estuviera contra Newton, sino incluso contra Copérnico. Cit. en SOUBEYROUX, J., “Torres...”, p. 214. Sobre la polémica del antijesuitismo de Torres, *ibid.* y la gran obra de Antonio MESTRE, A., *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de Don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781)*, Valencia, 1968. También, MERCADIER, G., *Diego de Torres Villarreal, masques et miroirs*, Lille, 1976, 2 vols. Por supuesto, es imprescindible el retrato de Isla que hace R. Olaechea. Véase OLAECHEA, R., “Perfil psicológico del escritor José Francisco de Isla” en *El Padre Isla. Su vida, su obra, su tiempo*, León, 1983, pp. 101-119.

⁶ “El día antes duraba el luto en todo su rigor (...) pero luego que las calles de Pamplona se desayunaron con la clara de la yema del sol el susodicho día 21 no parece sino que habían llovido aleluyas, que habían navegado jilgueros,

exaltación real –o religiosa– dieron lugar a obritas, generalmente en verso, frecuentemente ridículas, perpetradas por lo general por un vate local, vástago de alguna autoridad o familia distinguida. Pero en el caso de Pamplona, el encargo recayó en el padre Isla, que daría a la imprenta nada menos que el incendiario “Día grande de Navarra”.

La obrita es la mejor expresión de hasta dónde podían llegar los ripios en esas ocasiones, lugares comunes en los que se comparaba al rey con personajes históricos, con santos, mientras su vida se relacionaba con acciones heroicas, demostraciones de prudencia, etc.; todo solía rayar en el ridículo si el autor era malo, peor en este caso el autor era un socarrón, tan gracioso que aprovechó el tono hiperbólico –prácticamente implícito en el encargo–, para deslizar chanzas y bromas a costa de los personajes participantes en los festejos, los “bruticos” navarros de Pamplona, entre los que estaban los más descollantes nobles del reino con el virrey, el conde de Maceda, al frente.

El padre Isla se mofó de todos con tal habilidad que no se dieron cuenta hasta días después, cuando tras la euforia llegó el sosiego, el que obligó a cambiar también el humor del jesuita burlón, que hubo de salir precipitadamente de Pamplona para evitar lo peor. Y es que hay que imaginar –por poner algunos ejemplos– al virrey Maceda leyendo aquellos versitos que días antes pintaban su rendida ofrenda al rey, nada menos que...

“El conde de Maceda
le dijo a su mujer:
no tengo de ser padre
hasta no serlo el rey”⁷

ruiseñores y canarios y que había habido algún antuvión o diluvio de tamboriles y danzantes”..., *Día Grande...*, BAE, t. XV, pág. 19.

⁷ *Día grande...*, BAE, t. XV, p. 19. El conde de Maceda, Antonio-Pedro Nolasco, militar toda su vida, llegó a teniente general y fue nombrado, en 1737, virrey de Navarra. Fernando VI le nombró el 24 de julio de 1746 gobernador político y militar de Madrid, un cargo en el que demostró su ineptitud. Hombre del caído Villarías, sin el apoyo de Ensenada y con la enemiga del duque de Huéscar, que le llamaba *Mojarrillas*, presentó su dimisión. OZANAM, D., *La diplomacia de*

O a don Agustín Sarasa, el diputado encargado de enarbolar el estandarte, que iba tan refulgente que Isla lo metía entre las llamas producidas por las joyas que llevaba, con este ripio:

Agua, agua,
que se quema Sarasa.
Venga, venga,
que Sarasa se quema.
Aprisa, aprisa,
que se vuelve ceniza⁸.

En fin, empezaba así, entre burlas y alegrías, el reinado que tan tristemente iba a terminar⁹, tanto como la propia vida del autor y de alguno de sus amigos políticos. No hace falta recordar que el padre Isla y el marqués de la Ensenada murieron en el destierro.

Dos partidos esperando a un rey

El *Día Grande* produjo un enorme revuelo en toda España, lo mismo que las primeras decisiones de Fernando VI, sobre todo la de hacer salir de la corte a la viuda Isabel Farnesio. En efecto, tras la larga espera, los reyes tenían deseos de agradar. En un clima de confianza y expectación, tras un reinado de 46 años, se notaban algunas señales de cambio, como el nombramiento del ya famoso por su honradez y tesón, José de Carvajal, el propio hecho de que los reyes se mostraran más en público,

Fernando VI..., p. 146. GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., *Los Borbones, Fernando VI*, Madrid, 2001.

⁸ *Ibid.* Había bromas para todos, también para los eclesiásticos, incluyendo a las más autoridades mitradas, lo que permite pensar ya en el *Gerundio*.

⁹ Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L. Y TÉLLEZ ALARCIA, D., “El año sin rey y con rey: la naturaleza del poder al descubierto”, en GARCÍA FERNÁNDEZ, E. (coord.), *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, Bilbao, UPV, 2001, 95-110.

también la normalización de la vida cortesana; pero sobre todo, se esperaba el desenlace de las expectativas mantenidas por dos grupos políticos, muy difusos, unidos por el mismo afán fernandino.

El primer grupo se apoyaba en algunos intelectuales –Zabala y Auñón, Macanaz, Ustáriz, Campillo– y en algunos grandes “desaprovechados” junto con sus clientelas, colocadas en el ejército y entre la oficialidad de Consejos y Secretarías; pero se había aburrido de esperar. Había sido decepcionado por los reyes padres. Fueron el germen del Partido Español, pero no encontraron el nexo, ni personal ni político, con la nueva corte. Lo pudo haber sido Carvajal, pero el que llegaría a ministro concebía la política como servicio al rey antes que como carrera personal, de forma que no era ninguna garantía para un grupo de presión con aspiraciones de cambio¹⁰. En el fondo, Carvajal no podía ser un “déspota ilustrado”.

El grupo había elaborado mucha teoría, tanto económica –serviría hasta que llegaran las novedades de Campomanes–, como política, exterior –el pacifismo carvajalista, expuesto en su *Testamento*–, e interior –un esbozo de organigrama de ministerios y “consejo de ministros” que rondará todo el siglo¹¹–; pero durante el largo reinado de Felipe V no encontraron un político hábil que liderara al grupo desde el poder; ni las circunstancias –la guerra y la penosa situación de la

¹⁰ LORENZO CADARSO, P.L., “Los grupos cortesanos: propuestas teóricas”, en *Ministros...*, pp. 141-156. Sobre la figura de Carvajal, véase DELGADO BARRADO, J.M. (ED), *José de Carvajal y Lancáster. Testamento político o idea de un príncipe católico*, Córdoba, 1999; también *El proyecto político de Carvajal. Pensamiento y reforma en tiempos de Fernando VI*, Madrid, 2001. Del mismo, “La transmisión de las obras de Carvajal...”; contra los tópicos, GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., “Carvajal y Ensenada, un binomio político”, las dos colaboraciones, en *Ministros...*

¹¹ Las ideas sobre la generación del pacifismo carvajalista provienen de GÓMEZ MOLLEDA, M. D., “El pensamiento de Carvajal y la política internacional española del s. XVIII” en *Hispania*, 15, 1955 y “Viejo y nuevo estilo político en la Corte de Fernando VI” en *Eidos*, 6, 1957; también de PALACIO ATARD, V., “La neutralidad vigilante y constructiva de Fernando VI” en *Hispania*, 133, 1976. Más recientemente, los trabajos de OZANAM, MOLAS, LÓPEZ CORDÓN, DELGADO BARRADO, MOLINA CORTÓN, completan las bien conocidas líneas de política internacional que se mantuvieron hasta llegar Carlos III.

Hacienda— lo hubieran permitido. Campillo pudo haberlo sido, pero la bancarrota de 1739 lo paralizó; además murió pronto. Y si dentro no pudieron, fuera no había ninguna posibilidad. La corte era el escenario político total y único.

Cuando al fin llegó Fernando VI, se encontraron con el puesto ya ocupado. Derribaron a Villarías¹², cuyo “farnesianismo” era imposible de soportar, pero dejaron a Ensenada, un oscuro ministro hasta entonces, que, contra pronóstico, no sólo no se convirtió en un lacayo de Carvajal —nombrado ministro porque en su altanería no aceptó el nombre de secretario—, sino que lo superó —el propio Carvajal acabó aceptándolo—, y lo que fue peor: llenó la corte de advenedizos como él, muchos de ellos sin nobleza alguna, pero leales —primero al marqués, claro— y eficientes. Los grandes, que habían confiado en uno de los suyos, el endiosado Carvajal —emparentado con las más poderosas familias nobles—, se veían de nuevo expulsados de su más noble ocupación: la de dirigir el país junto al rey. Y para colmo, los “En sí nadas” lo hacían bien. Y encima el rey estaba contento.

El otro grupo lo componen, en efecto, estos advenedizos, que en esta coyuntura hay que llamar “ensenadistas” o miembros del “partido de Ensenada”. Tanto Huéscar en 1747 como Masones en 1754 hablan de “Ensenada y su partido”. El grupo es más difuso y se va haciendo más y más fuerte a medida que su “patrón”, Ensenada, se va creciendo en el juego político. Los éxitos del “jefe” son méritos para sus hechuras, que van extendiendo la “red”, protegiendo y protegiéndose. Antes, habían entretenido sus esperanzas en los aledaños del poder esperando un rey que dejara hacer y un “patrón” que les aglutinara; mientras, mejoraron

¹² Cayó el 5 de diciembre de 1746, dejando paso libre al nombramiento de Carvajal. Sebastián de La Cuadra, marqués de Villarías, jefe de la facción de los vizcaínos junto a Arízaga, fue quedándose solo en la defensa de los reyes padres, y al final fue el objetivo a batir. El propio Ensenada, que ascendió junto a él al favor regio, se fue separando hasta llegar a la ruptura. Hay una biografía de este ministro vasco olvidado: ZULOAGA CITORES, Á., *Sebastián de la Quadra, Primer Marqués de Villarías (1687-1766). Secretario de Estado en el reinado de Felipe V*, Santander, 1999.

su formación política –viajaron algo más por Europa¹³– y adoptaron la paz como objetivo y desencadenante de proyectos, un distintivo claro contra la estrategia farnesiana, lo que les unía también a Carvajal. Entre el verano de 1746 y el de 1747, todos apoyaban el primer gobierno que respondía a un proyecto político en toda la primera mitad del siglo, el gobierno bifronte Carvajal-Ensenada, un artificio inestable, pero generador de estabilidad. Todos conocían las pretensiones de los que quedaban fuera, una vez más los grandes, así que cerraron filas junto a sus dos jefes. Hasta se ganaron a Huéscar, que anduvo un poco despistado, sin saber quién era quién en el gobierno bifronte.¹⁴

En ese grupo que formará y apoyará el primer gobierno fernandino encontramos a lo más granado de la que podemos denominar “Generación del padre Isla”: en el frente político, los ministros Ensenada y Carvajal, el embajador Wall –luego ministro-, el confesor padre Rávago y el duque de Huéscar (luego, Alba) –retirado pronto a los servicios palaciegos–; en el frente cultural, el espía y matemático, acérrimo ensenadista, Jorge Juan, el filósofo Andrés Piquer, el erudito Mayans, el gran intelectual del siglo junto con Feijoo, el sabio “orgánico”, el primer protegido oficialmente, y con Antonio de Ulloa –

¹³ Antes del despliegue de la red diplomática carvajalista en el bienio 1746-48, hay una recuperación clara de la presencia española en Europa. Véase LAVANDEIRA HERMOSO, J.C. “La estancia de José de Carvajal en Alemania integrando la embajada del conde de Montijo (1741-43), en *Ministros...*, pp. 157-155. Es interesante resaltar que cuando Carvajal asume el ministerio piensa en los que saben lenguas para proveer las embajadas. Por eso nombra a Wall para Londres, porque sabe inglés. Ordeñana, que ha sido secretario del infante Felipe, tenía varios diccionarios, de francés, de italiano, de inglés. Como Ensenada, hablaba fluidamente francés e italiano. Estamos a la espera de la tesis de C. Taracha, del que hay un adelanto en TARACHA, C., “El marqués de la Ensenada y los servicios secretos españoles en la época de Fernando VI”, *Brocar*, 25 (2001), 109-122.

¹⁴ En setiembre de 1747, Carvajal intentaba aclararle las ideas a Huéscar, que creía que Ensenada había sido el valedor de Carvajal durante la *Transición*: “te aseguro que en los principios B. (Ensenada) me debió enteramente la vida civil y después muchas veces la conservación de ella, porque se empezó con impresiones adversas y todo el trabajo sólo logra adormecerlas pero no extinguirlas.” Carvajal a Huéscar, 21 de setiembre de 1747, en OZANAM, D., *La diplomacia de Fernando VI...*, p. 231.

un filósofo a descubrir–; el experto en embajadas Luzán –más que un poeta–, el inclasificable Torres Villarroel –paniaguado de los Alba– o el propio Isla –el astuto desertor del cargo, nada menos que el de confesor de la reina–; también Sarmiento, Flórez, etc. El frente técnico es igualmente muy amplio, desde empresarios a banqueros: son legión, pero hay que mencionar al menos a Ordeñana, Banfi, Orcasitas, Francia, Sánchez Valencia, Fernández de Isla, Pérez Delgado, las “hechuras zenonicias”, el entramado que soporta la acción del gobierno¹⁵.

Todos habían nacido poco antes o poco después de 1700. Estaban en plenitud en 1746: los jefes habían hecho caer a Villarías, a Montijo, a Maceda, al padre Fébvre, etc., mientras aplaudían a rabiar la expulsión de la Farnesio y de sus “ángeles negros” (italianos), y se apresuraban a firmar la paz de 1748 aunque fuera con nuevas humillaciones¹⁶. Sirvieron en el reinado de Fernando VI, pero ya no enlazaron con el de Carlos III. Murió Carvajal y cayó Ensenada, en el mismo año, 1754, lo que terminó con las energías de todos: como ocurriría tantas veces luego, no hubo un rey a su altura. Excepcionalmente, Wall protagonizó la transición, conservándose en el puesto hasta 1763¹⁷. Hubo aún alguna alegría efímera para los ensenadistas –el propio marqués admitido en la corte con Carlos III (que no le hacía ningún caso), el nombramiento de intendente de Marina, en 1765, a un hermano de Ordeñana, que motivó

¹⁵ C. GONZÁLEZ CAIZÁN defiende el 2 de junio su tesis sobre las hechuras zenonicias. Premiada por la Fundación Jorge Juan, se publicará en breve. Mientras, se puede ver un avance de su trabajo en GONZÁLEZ CAIZÁN, C., “El primer círculo de hechuras zenonicias”, en *Ministros...*, pp. 175-201. No hablamos de la red de Carvajal, obviamente, porque el ministro no fue capaz de hacerla. No se fiaba de nadie, por eso se mató a trabajar. Se llevó la cama al despacho...

¹⁶ La paz de Aquisgrán no resolvía algunas de las espinas que tenían clavadas *programáticamente*, como Gibraltar o Menorca, pero Carvajal firmó rápidamente. Al menos, el infante Felipe tenía un trono. Cfr. OZANAM, D., *La Diplomacia de Fernando VI...*, Madrid, 1975; del mismo, “La política exterior de España en tiempos de Felipe V y Fernando VI” en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, Tomo XXIX-1, Madrid, 1985; también GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., *El proyecto reformista de Ensenada*, Lleida, 1996.

¹⁷ Véase TÉLLEZ ALARCIA, D., “Guerra y regalismo a comienzos del reinado de Carlos III: el final del ministerio Wall”, *Hispania*, LX, 3, 209 (2001), 1051-1190.

la alegría (exagerada, una vez más) de Isla: “todavía vive nuestro marqués”¹⁸–, pero los ensenadistas no fueron ya hombres de Carlos III, y dejaron paso a algunos a los que, en muchos casos, habían tutelado, como el propio Campomanes, un abogado que se había iniciado en el entorno de Carvajal.¹⁹ Ensenada era ya viejo –64 años cuando el motín–; Isla estaba retirado, en riesgo con la Inquisición; ambos serían desterrados por ese rey “progresista”. Los dos amigos –y Mayans– morirían el mismo año, 1781.

Isla, en el partido ensenadista

Todos eran jóvenes promesas cuando Isla escribió *La juventud triunfante* –incluso el advenedizo Zenón de Somodevilla, el hijo de un hidalgo pobre, ya “hacía figura” como comisario ordenador al lado de Patiño–, todos eran algo más que promesas cuando, en 1746, muerto Felipe V, el ya famoso cura de las agudezas y las ingeniosidades recibió el encargo de escribir el “Día grande de Navarra”. Pero él mismo era también algo más, pues su fama había llegado a la corte, de donde le reclamaban. Y también era algo más Torres Villarroel, que hacía la misma carrera y, de mano de los Alba y de Carvajal, intentaba la entrada en los nuevos círculos de poder: como él mismo dirá, engolado, “los duques, los condes, los marqueses, los ministros y las más personas de la sublime, mediana y abatida esfera, me distinguen, me honran y me buscan...”²⁰ Sin embargo, los caminos de ambos escritores serán de

¹⁸ “Este empleo, tan justa y oportunamente conferido, acredita que todavía vive nuestro Gran Marqués. Ojalá que fuera tan plenamente como suspira toda la Monarquía!” Isla a H. Cristóbal Sáez, Pontevedra, 1 de julio de 1765, en FERNÁNDEZ, L., *Cartas inéditas del Padre Isla*, Madrid, 1957, p. 242. Olaechea confundió a este intendente de Marina con Agustín Pablo de Ordeñana, a quien hizo intendente de la ciudad de Madrid: un lapsus del maestro. Cfr. OLAECHEA, R., “Política eclesiástica del reinado de Fernando VI”, en *La época de Fernando VI*, Oviedo, 1981, p. 197.

¹⁹ Véase TÉLLEZ, D., “Los comienzos de la carrera política de Campomanes y el ministro Wall (1754-63)”, *Actas Congreso Internacional Campomanes 1723-1802*, Oviedo, en prensa.

²⁰ Cit. en SOUBEYROUX, J., “Torres...”, p. 208.

nuevo contradictorios, como en 1727. Uno buscaba cargos y honores, el otro huía de ellos.

El padre Isla fue tentado para un cargo de enorme interés y desde luego, de gran trascendencia política: el de confesor de Bárbara. En un mundo en que el poder lo ejercían a veces verdaderos “hombres fuertes” sin cargo, el confesionario regio fue generalmente una pieza maestra en política, más o menos activa en función de las cualidades o las ambiciones de los que lo servían. Basten los ejemplos del también jesuita Rávago o del gilito *alpargatilla*, Eleta²¹. El confesor tenía franco el acceso a la persona regia en plena intimidad y podía entrar en su conciencia. Blanco White diría luego, para criticar la confesión, “quien tiene la conciencia del hombre en su poder tiene al hombre entero en su poder”. Isla pudo haber tenido quizás más *en su poder* en el caso de Fernando VI: la conciencia de Bárbara, una mujer a la que el rey tuvo siempre un gran cariño, y de cuya fortaleza anímica tantas veces dependió el pobre Fernando para remontar las crisis producidas por la neurosis, una mujer que, al principio y para irritación de los farnesianos –los afligidos–, despachaba con su marido.

Pero el sagaz jesuita no quiso. Ante Ensenada se excusó pretextando lo ya conocido: “yo no soy ni para confesor de Vuestra Excelencia”, y bromeó con las “prisiones cortesanas en las que a los más astutos salen canas”; sin embargo, es muy posible que Isla conociera la complejidad de las intrigas que en ese momento había en la corte, incluso el peligro en el que estaba su protector el marqués de la Ensenada, que no acababa de entrar en el círculo de la reina, más inclinada hacia Carvajal. En efecto, Bárbara recelaba de un Ensenada nombrado ministro por Felipe V, afecto a Isabel Farnesio y a sus hijos, especialmente a Carlos, que le había hecho marqués en Nápoles. Tampoco se fiaba de Ensenada el influyente embajador portugués²².

²¹ De este personaje fascinante, denigrado por todos, apenas se sabe nada. Prometemos (con D. Téllez) alguna novedad en breve. Es una pieza obligatoria para poner a Carlos III en el lugar que le corresponde.

²² La reina deja claro el clima de recelo que reina en la corte en ese momento en sus cartas a su padre, véase PINTO FERREIRA, J. A., *Correspondência de D. João V e D. Bárbara de Bragança Rainha de Espanha (1746-1747)*, Coimbra, 1945.

El encargo del confesionario de la reina al padre Isla era, obviamente, algo más que un premio a su sagacidad. Carvajal captó rápidamente la situación: Isla es “docto –dijo– y vivo más de lo que conviene para el caso, y tiene otras cosillas, las que se dirán a boca”.²³ Nada sabemos –ni sabremos– de ellas, pero sí sabemos que Isla fue siempre un jesuita muy celoso de la Compañía y que por ello no iba a entrar en el juego de quitar a unos padres para poner a otros, como estaba haciendo Carvajal, el valedor del nuevo confesor del rey, el padre Rávago (también se estaba buscando nuevo confesor para la reina viuda y los infantes). Además, Rávago le parecía a Isla vano y hasta peligroso. Avisado de la situación política, Isla no desconocía que también entre los jesuitas había división de pareceres; sabía que “están por él (por Rávago) cuantos no estuvieron por su antecesor”²⁴.

De todas formas, la reina sería en adelante la gran valedora de Ensenada –logro personal del que sabía *cazar con miel*–, también Rávago, que fue alejándose del genio vinagre de Carvajal hasta convertirse en el brazo derecho del marqués²⁵. Aunque Isla no participó en la estrategia, nunca dejó de confiar ciegamente en el que llamó “el mayor ministro que ha tenido la monarquía desde su erección”²⁶, tanto en los buenos tiempos, antes de 1754, como en los años posteriores a la “desgracia”, en que el *imprudente* jesuita siguió hablando más de la cuenta, suspirando por la vuelta del marqués al “manejo”.²⁷

²³ A.H.N., *Estado*, leg. 3.026. José de Carvajal a Juan de Cascos Villa Moros, Madrid, 11 de junio de 1747. RODRÍGUEZ VILLA, A., *D. Zenón de Somodevilla...*, p. 172.

²⁴ PEREYRA, C. y PEREZ BUSTAMANTE, C., *Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco de Rávago, confesor de Fernando VI*, Madrid, s. f. y ALCARAZ GOMEZ, J. F., *Jesuitas y reformismo. El padre Francisco de Rávago (1747-1755)*, Valencia, 1995.

²⁵ “Este jesuita y el marqués de la Ensenada eran casi una misma persona, y no es de extrañar que la caída del uno haya propiciado la del otro”. PEREYRA, C. y PEREZ BUSTAMANTE, C., *Correspondencia...*, p. 195.

²⁶ La conocida expresión procede de la dedicatoria al marqués de la traducción de uno de los tomos del *Año Cristiano* de Croisset.

²⁷ En 1760, perdonado Ensenada por Carlos III, Isla aún soñaba con “volverle a ver con el manejo (ministerial) que merece, como suspira toda la Monarquía, y aun

Por cierto, Torres Villarroel, que, como hemos dicho, había frecuentado a Ensenada, caminaba de nuevo en sentido contrario y engordaba sus relaciones con la duquesa de Alba y la de Béjar, emparentadas con los descollantes miembros de la familia Carvajal –un ministro, un general y un obispo–, mientras servía de espía al duque de Huéscar –típicamente antijesuita y *philosophe*– en la conjura contra Ensenada, en 1754. En el trozo quinto de su *Vida* Torres confiesa que cobraba en aquel entonces dos mil ducados de renta “en cinco posesiones felizmente seguras”, que debía la primera a la duquesa de Alba, la segunda a su hijo, el duque de Huéscar, la tercera al cardenal de Molina, la cuarta al conde Miranda y la quinta al marqués de Coquilla”.²⁸

El artificio político del gobierno bifronte

Carvajal y Ensenada aglutinaban opciones políticas distintas, pero quizás por ello formaron un gobierno eficaz. Se ha dicho que se detestaban, y es seguro puesto que eran en todo contrarios²⁹; pero aún así –o por eso mismo– lograron poner en marcha un proyecto político reformista –una lucha declarada contra la decadencia y el aislamiento de España– y lo que es más importante: contrarrestaron la conspiración política, la que desde tiempo rumiaba la vieja nobleza desplazada, que sólo llegó a la acción cuando faltó Carvajal³⁰.

se puede añadir que toda la iglesia”, en OLAECHEA, R., “Política eclesiástica...”, p. 195.

²⁸ SOUBEYROUX, J., “Torres...”, p.210.

²⁹ Veamos una descripción del “genio vinagre”, escrita por él mismo: “Más es mi meditación que mi entendimiento. Soy rígido en los dictámenes y tenaz, y no es por vanidad sino es que no puedo acallar en mi interior las punzadas de lo que entiendo sin razón. Mi modo de disputar es asperísimo y echo a perder mi razón si logro tenerla. En fin, tengo mil defectos”. V. OZANAM, D., *La diplomacia...*; GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., *Fernando VI...*

³⁰ Es decir, justo lo contrario de lo que afirma Lynch: “El faccionalismo estéril y la elevación del clientelismo por encima de la política impidieron al gobierno aprovechar plenamente la coyuntura favorable que ofrecía la nueva monarquía”. LYNCH, J., *El siglo XVIII, Historia de España*, dirig. por J. Lynch, t. XII,

En realidad, José de Carvajal y Lancáster, un hombre de la nobleza más acrisolada, respetado además por su formación intelectual, fue el protector del “En sí nada”. El zorro advenedizo riojano se cobijó bajo el hombre recto y autoritario, pero idealista y absolutamente entregado a su tarea cuasisagrada: el servicio. Era por esto un político a la antigua. Carvajal oía en su propia familia las críticas contra el hidalguillo medrado, cada vez más exitoso –incluso arrebatándole a él mismo algunos logros, como el del Concordato, por ejemplo–, pero no podía autorizar un golpe contra Ensenada por el enorme disgusto que iba a provocar en el rey y la reina. Además, todo el artificio para ganar la confianza regia se venía abajo; incluso podrían descubrirse algunos asuntos que perjudicarían al propio Carvajal (lo mucho que había tenido que ocultar al rey, por ejemplo, el desastroso resultado del tratado de Límites) y desde luego, podía ponerse en peligro hasta la paz³¹. Y Carvajal era un erasmista, un radical, como había dejado claro tanto en su *Testamento político* como en *Mis pensamientos*.

Por estas razones y por la propia astucia del marqués, siempre dispuesto a proporcionar cualquier capricho a los reyes y a pagar con largueza los favores³², el gobierno bifronte logró mantenerse –y hacer sufrir mucho al pobre Carvajal, que a veces se desesperaba–, y generar una actividad desbordante, consecuencia de movilizar más gente en

Barcelona, 1991, p. 147. ¡Cómo si en Versalles o en Londres los ministros fueran hermanitas de la caridad y no hubiera “faccionalismo”!

³¹ La caída de Ensenada produjo tal impacto en Europa que muchos pensaron que la guerra era inminente, pues Francia no toleraría el éxito inglés. Los embajadores lo comunicaban, alarmados –muchos eran ensenadistas– a Masones. Cfr. GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., *El proyecto...*

³² El marqués pagaba mejor que nadie y lo pudieron comprobar tanto amigos como enemigos, desde la Pompadour al propio Papa. Véase OLAECHEA, R., *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII*, Zaragoza, 1999, 2 vols., reedic. de su tesis. ZABALA Y LERA, P., *El Marqués de Argensón y el Pacto de Familia de 1743*, Madrid, 1928, p. 151, para la “dádiva” con la que Ensenada compró a la amante de Luis XV “para la causa del infante”. Por el contrario, Carvajal no aceptaba ni condecoraciones ni regalos. Ensenada se ocupaba también del suministro de diamantes y otras joyas, pieles, objetos primorosos, que regala a los reyes y, a veces, ...a él mismo. Cfr. GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., *El proyecto...*

todos los sectores, empezando por la propia función política, en la que cuajaron las dos redes clientelares, la *técnica* de Carvajal –al servicio de la acción exterior y de las letras y las artes– y la *política* de Ensenada, un conglomerado que iba desde el espionaje a la guerra encubierta contra Inglaterra, pasando por el fomento de las obras públicas o la organización del ejército y la armada³³. De esa forma, con ideas, dinero –el que no se gastaba en la guerra–, y gente capaz, el gobierno Carvajal-Ensenada tuvo casi ocho años para, proyecto tras proyecto, producir los primeros signos de cambio en España.

Contó para ello con unos reyes que confiaban en sus ministros, muy conscientes éstos de que tenían que trabajar también esa vertiente, muchas veces más cerca del trato personal que de la política. En eso les ayudó mucho el padre Rávago, un cura que fue ganado para la política *finis* por Ensenada y que siempre supo cómo tenía que tratar al rey para que los ministros consiguieran sus objetivos³⁴. A veces al rey había que ocultarle parte de la verdad –por ejemplo, en el problema de las misiones jesuíticas–, otras había que “fabricar” antes el modelo al que debía imitar: el “rey pacífico” que pasa a la historia como “el héroe de la paz”: “Que conozcan las potencias extranjeras que hay igual disposición en el Rey para empuñar la espada que para ceñir las sienes con oliva”, le

³³ Llenar las instituciones de leales tenía a veces la finalidad de desactivarlas. Eso hizo el maqués a través de algunas criaturas. Ordeñana, por ejemplo, en el consejero de Guerra. Ensenada no permitió intervenir en nada a los viejos consejos, a los que enredaba en consultas mientras él actuaba. El caso más espectacular es la paralización de la cámara de Castilla (la encargada del Real Patronato) mientras duraba la negociación del Concordato. Véase GONZÁLEZ FUERTES, M.A., “La Cámara de Castilla y el Real Patronato (1733-1759): de la prepotencia a la impotencia”, *Brocar*, 25 (2001), 75-108. Hizo lo mismo con el Consejo de Hacienda utilizando incluso a los militares para tranquilizar al rey. Lo más reciente, *El catastro de Ensenada, magna averiguación fiscal...*, Madrid, Ministerio de Hacienda, 2002.

³⁴ “Este Padre, confesor del Rey, vale millones, con justísima razón, está pegadísimo de él”. Ensenada a Huéscar, 28 de mayo de 1747, en GÓMEZ MOLLEDA, M. D., “El Marqués de la Ensenada...”, p. 62. “Si vieras al Rey no le conocerías: desde que tiene este confesor es tal su alegría, su dilación de ánimo y su total mudanza, que no cabe explicarlo. Es obra de Dios el habernos librado del que nos libró, y habernos dado el que nos dio”. Carvajal a Huéscar, Aranjuez, 13 de mayo de 1747, en OZANAM, D., *La diplomacia de Fernando VI...* p. 191.

decía en 1746 Ensenada en una de sus muchas Representaciones. En fin, siempre había que alegrarle mostrándole las obras que hacían los ministros: “como las de los romanos”, le decía Rávago frente a las tres leguas de carretera que se estaba construyendo en Guadarrama.

Como último remedio quedaba un personaje fascinante: Carlo Broschi, Farinelli, el hombre de confianza de Bárbara de Braganza, íntimo también de Ensenada (que confesaba en 1750 “yo estimo particularmente a este sujeto”³⁵). Farinelli fue un agente terapéutico, pero también un poderoso intermediario para acceder a los reyes. No eran los tiempos de validos, menos con ministros tan fuertes como Carvajal o Ensenada, pero el pueblo vio pronto que en la corte “privaba” Farinello. Sin embargo, el cantante fue mucho más discreto que lo que su situación parecía permitirle y no utilizó *todo* su poder.

En definitiva, todos fueron conscientes de que habían “fabricado a un rey” y estaban orgullosos de ello. Habían logrado que Fernando VI estuviera animado, o más bien distraído, pero tranquilo, salvo cuando le llegaban las crisis, los vapores o, por el contrario, las furias; es decir, días enteros de melancolía y dejadez, que le llevaban a no abandonar el lecho, o episodios de ira en que gritaba desaforadamente y no dormía. Salvo estas manifestaciones de la enfermedad que al final le llevará a la tumba y algunas “peloterías” –en palabras de Rávago, que sabía que “su genio es fuertecillo”–, el rey era dócil, y habían aprendido a tratarle.

Como “se afligía con papeles largos”, el confesor le contaba el contenido del decreto que luego le iban a traer los ministros. El rey ya sabía de qué iba; además el confesor no podía traicionarle. Por si acaso, estaba el parecer de Bárbara. Al fin, Carvajal o Ensenada, que casi nunca osaban criticarse ante el monarca –ya habían podido experimentar lo mucho que se disgustaba por ello³⁶–, lograban su objetivo con

³⁵ AHN, *Estado*, leg. 4880-2. Ensenada a Sada, 21 de abril de 1750.

³⁶ Rávago debía ayudar a veces. Por ejemplo: “Y para consolarle (a Fernando) añadí, y le gusto mucho, que yo no sabía cuál fuera peor para un Estado, si la unión o desunión de sus ministros, no siendo ellos muy santos; porque si están muy unidos se cubren unos a otros, y nunca llegan a saberse sus yerros”. Rávago a Portocarrero, 25 de noviembre de 1749. *Cit.* en Olaechea, R., “Política eclesiástica...”, p. 148.

facilidad, incluso cuando todos pensaban que suscitaría los escrúpulos del rey, muy celoso, sobre todo, en asuntos de su patronato eclesiástico y de su posición en el mapa de los Borbones, en el que no permitía ser relegado. Aunque detestaba a su frívola familia, que le había traicionado desde que era príncipe de Asturias, a veces le salía el “soy Borbón”; también se enfadaba cuando notaba que el Papa no trataba con preferencia al “primer hijo de la Iglesia”, al rey de la primera nación católica. Todos colaboraron en sacralizar el trono, en elevar al rey a la omnipotencia –incluso por encima del Papa (rey por natura y papa por ventura, un refrán bien traído por T. Egido³⁷)–: era una forma de justificar el poder de los advenedizos.

Llevando al rey con suavidad y respetando la *real gana*, los ministros iban logrando el plácet regio para asuntos tan arduos como la paz de Aquisgrán –el principio de la neutralidad fernandina–, la negociación del Concordato –firmado en secreto, sin el conocimiento del ministro del ramo, Carvajal–, la puesta en marcha del catastro –que necesitó una junta de militares adictos a Ensenada–, la firma del tratado de Aranjuez –que le enemistaba con sus hermanastros–, etcétera. Para ser un reinado que ha pasado a la historia como antesala del siguiente, lo cierto es que su saldo de realizaciones es excepcionalmente amplio³⁸.

³⁷ Véase una sugerente síntesis sobre el regalismo en EGIDO, T., “El regalismo en España”, en DE LA PARRA, E. y PRADELLS, J., *Iglesia, Sociedad y Estado en España, Francia e Italia*, Alicante, 1992, pp. 193-218.

³⁸ La idea de la sala de espera viene de lejos, probablemente del propio reinado de Carlos III, que contó en vida con panegiristas y expertos en “allanarle el camino de la gloria”; luego, la retomaron los liberales, ampliándola con la obra de Ferrer del Río, y al fin, llegó a Menéndez Pelayo, que sentenció el reinado como mediocre, a la espera de lo que más le preocupaba, el rey protector de heterodoxos, su campo de batalla particular. Todavía Luis Sánchez Agesta exageraba más y escribía: “...desde los más turbios volterrianos como Aranda hasta los más nobles reformadores, como Jovellanos, saben, sobre todo en los tiempos de Carlos III, que la voluntad del rey está propicia a sus iniciativas”. Sánchez Agesta, L., *El pensamiento político del Despotismo Ilustrado*, Sevilla, 1979, p. 101. Queda poco para que todas estas ideas, que han hecho imposible entender el XVIII español, pasen al apartado (historiográfico) que les corresponde.

La demolición del artificio

El gobierno bifronte se basaba en la solidez de un conjunto construido con piezas inestables. El riesgo estaba, obviamente, en cada una de las piezas, que es lo que debió ver Wall cuando visitó la corte en 1752 y conoció al fin al ministro que le había nombrado embajador en Inglaterra³⁹. El “Dragón” impresionó, pero también debió quedar impresionado, pues la corte era un hervidero de intrigas, con la guerra larvada entre Francia e Inglaterra como telón de fondo. Su idea era la de Carvajal, mantener a ultranza la neutralidad, pero se murmuraba –quizás ya con mala intención– que los planes de rearme de Ensenada estaban muy adelantados, y que la idea del ministro era frenar definitivamente el poder naval inglés recurriendo a la alianza francesa. Wall sabía que en el entorno de Carvajal, que es el que más frecuentó, Ensenada estaba bajo sospecha desde hacía años, pero pudo comprobar que la relación del marqués con los reyes no era como antes. Quizás se debía a que el duque de Huéscar, el mayordomo del rey, había subido un punto más su inquina contra Ensenada. En cualquier caso, era muy alarmante que Wall hubiera recibido el título de teniente general al volver a Londres sin que el conocimiento de Ensenada. El propio embajador inglés, Benjamin Keene, le escribió para decirle que lo sabía: era todo un síntoma.

A esas alturas, a Ensenada le faltaban algunos años para conseguir la marina de guerra que se había propuesto, pero ya podía hacer alguna demostración con los barcos y los cañones construidos, y de hecho, iba a empezar a hacerla hostigando a los ingleses en la bahía de Mosquitos. Los espías debieron moverse mucho, pues Keene empezó a cambiar de opinión sobre el rearme ensenadista, que le pareció inviable al principio. Luego diría que cuando en España se construyen barcos el objetivo es perjudicar a Inglaterra, pero seguramente empezó a pensarlo en 1753, cuando se sumó a la conspiración permanente que sabía muy bien que

³⁹ Véase TÉLLEZ ALARCIA, D., “El caballero don Ricardo Wall y la conspiración antiensenadista”, en *Ministros...*, pp. 93-140.

había siempre contra Ensenada, el que él llamará “enemigo de Inglaterra”⁴⁰.

Con el sagaz Keene llegaba una nueva pieza capaz de contribuir a desestabilizar el conjunto, pero aún llegaría otra más: el nuevo embajador francés, Enmanuelle Felicité, duque de Duras, un *petimetre*, afectado e imprudente, tan excesivo en el cumplimiento de su misión de reforzar la alianza francesa, y por ello a Ensenada, que acabó dejando al marqués al descubierto⁴¹. Ensenada tenía que librarse de los muchos enemigos, pero debía cuidarse a la vez de aduladores tan torpes como Duras, que podían llegar a preocupar al rey, convencido y gozoso de ser amigo del rey Jorge, de su pariente Luis XV, del mismísimo emperador, y hasta del Papa, que le había concedido un Concordato ventajosísimo. Si el rey estaba admirado de ser al fin neutral –y de lo mucho que se conseguía con la paz–, Ensenada sería también neutral, así podría seguir fabricando cañones...

Los dos embajadores, el inglés activamente, el francés por su simpleza, contribuyeron a preparar la mezcla explosiva que acabaría haciendo saltar a Ensenada el 20 de julio de 1754; pero hacía falta algo más, un detonante. Éste fue la desaparición de Carvajal, que murió repentinamente el día 8 de abril de 1754, seguramente de un derrame cerebral. En ausencia de esta pieza clave ya nadie podrá parar los golpes contra Ensenada, lo que, antes o después, provocaría la demolición del conjunto.

Con el nombramiento interino de Huéscar y luego de Wall en el puesto del difunto, los conjurados se crecieron. Quizás hasta rumorearon que el “pícaro” Ensenada había querido colocar a su criatura Ordeñana para aumentar su poder –era ya para sus enemigos el “Gran Mogol”–,

⁴⁰ Sobre Keene, hay que consultar su correspondencia, LODGE, R., *Private Correspondence of sir Benjamin Keene*. Cambridge, 1933; así como un buen artículo, PETRIE, C. A., “Estudio de las relaciones angloespañolas: Fernando VI y Sir Benjamín Keene”, en *Estudios Americanos*, 84-85, (1959), pp. 107-127.

⁴¹ GOMEZ URDAÑEZ, J. L., "El Duque de Duras y el fin del ministerio ensenada (1752-1754)" en *Hispania*, 201, 1999, p. 220.

incluso que el marqués aspiraba al cardenalato⁴²; con unos y otros “cargos”, verdaderos, abultados o falsos, fueron “tocando” todas las piezas. Primero cedió Wall, que pasó de respetar a Ensenada –el marqués intentó su amistad por todos los medios– a prestar su apoyo a Huéscar y Keene abiertamente; luego cedió Valparaíso, que se retiró de la escena en cuanto supo cómo iban a acabar con su amigo; por último cedió la reina, sufriendo ante las presiones de todos. Sólo se mantuvo en su lugar Rávago; luego pagaría su lealtad al marqués con la destitución.

En este escenario ya dominado, los conjurados buscaban la manera de dar el golpe final, pero no sabían cómo. Hacía falta pruebas, y no las encontraban. Había varios asuntos, muchos ya divulgados, con más o menos veracidad, que provocarían la irritación del rey al conocerlos. El propio Voltaire se reía de que los jesuitas confesaban al mismo rey, que les protegía en España, al que le hacían luego la guerra, en las misiones de América⁴³. También era muy conocida la presunta conexión entre Nápoles, La Granja y Ensenada, que obviamente éste tuvo que mantener en el secreto (quizás se valió para ello del genial espía Mogrovejo)⁴⁴.

⁴² “Aún después de doce años, expuso (Ensenada) con muestras vehementes de admiración y de pasmo, el candor y sencillez de Fernando VI en haber creído una cosa tan falsa y tan inverosímil”. Confidencias en Medina del Campo al Padre Luengo, en EGUÍA RUIZ, C., *El marqués de la Ensenada según un confidente*, Madrid, 1922, p. 74.

⁴³ El profesor Escudero piensa que éste fue el detonante, la “guerra” en las misiones jesuitas. La reina, informada de que Rávago y Ensenada habrían instigado el descontento de los indios, autorizó a Huéscar y Wall para que “empezasen sus ataques tan pronto como lo juzgasen oportuno”, sin embargo, la fuente que cita es la carta de Keene del día 31 de julio y la información muy sesgada que da Coxe, visceralmente antiensenedista. *Cfr.* ESCUDERO, J.A., “La reconstrucción de la administración Central en el siglo XVIII”, *Historia de España* dirig. por Menéndez Pidal, t. XXIX-1, Madrid, 1985, p. 139-140. Con todo, si le hablaron de esto a Fernando, al que Carvajal le había ocultado todo después de firmar en 1750 el tratado de Madrid, le darían el gran disgusto, pues estaba por medio su mujer y la familia de ésta, de la que nunca se había fiado. En esa situación, Bárbara no hubiera salido muy airosa. Si lo hicieron, lo harían sin ella, lo que no es probable.

⁴⁴ Así lo cuenta, por ejemplo, Masones, el embajador en París: “La voz general se reduce a que se trataba por Ensenada y su partido (en que por consiguiente metían a mi juntamente con la reina viuda) la negociación de que nuestro amo

Pero nada de eso se podía probar materialmente (tampoco lo podemos hacer nosotros por la misma razón).

La “prueba” la aportó Keene, o mejor, dijo que la podía aportar. El embajador divulgó que Ensenada había dado órdenes ofensivas a la escuadra de La Habana; dijo que las tenía –aunque nunca las mostró–, y con la complicidad de Wall, lo comunicó a su gobierno, a sabiendas de que Su Majestad Británica presentaría una durísima queja en la embajada española, la que Abreu –el encargado que Wall había dejado en la embajada de Londres al venir a hacerse cargo del ministerio– enviaría a su ministro en el primer correo, tal cual era práctica de la embajada. Así fue. Abreu lo declara explícitamente: "Luego que el rey se enteró de mi carta del 9 pensó Su Majestad se asegurase al Sr. marqués de la Ensenada". La carta llegó el 18 de julio y la mostraron al rey el 19. Al día siguiente, el rey ya no recibió a Ensenada, que le estuvo esperando todo el día; al atardecer, tras despedir al marqués –que se dirigió a su casa, en la calle del Barquillo, sospechando ya lo peor–, el rey tomó la decisión. Wall tenía todo preparado: las tropas, las órdenes de arresto, los destinos de los tres reos –Granada para Ensenada, Valladolid para Ordeñana, Burgos para Mogrovejo–, y desde luego, la (dis)culpa: hacer la guerra sin conocimiento del rey, un delito de alta traición⁴⁵.

Pero en realidad, la traición era la que cometían los conjurados, que necesitaron incluso la ayuda de una potencia extranjera y de su hábil

abdicase la corona, entraba en ella el rey de Napoles y pasase a aquella el infante duque de Parma, lo cual descubierto por la reina nuestra señora disuadió al rey que conoció los malos consejeros y prorumpio en castigarlos". AGS, *Estado*, leg. 4523. Carta cifrada de Masones de Lima a Wall, París, 5 de agosto de 1754. Sobre este personaje, OZANAM, D., *Un español en la Corte de Luis XV. Cartas confidenciales del embajador Jaime Masones de Lima, 1752-1754*, Alicante, 2001.

⁴⁵ La carta de Abreu y las siguientes, en AHN, *Estado*, leg. 4273. Un anónimo sorprendentemente bien informado decía: “Luego que conocieron que las calumnias habían producido el efecto que deseaban, dispusieron que viniese un correo de Londres, formando en Madrid las cartas que había de traer con las pretendidas quejas del rey británico y que para dar más fuerza al contexto de la carta pidiese el embajador audiencia a S.M. para hacerle un discurso patético”. BN, *mss.*, 1962, *Cargos contra el marqués...*

embajador. El propio Keene contó luego cómo sucedió: “Por fortuna – escribe el inglés en carta de 31 de julio– llegó en la mañana del 19 el correo portador de vuestros pliegos del 8, lo que dio nuevo vigor a las operaciones ya concertadas”. También se declaró el ministro de Estado Wall, al felicitar al embajador en la conocida carta del mismo 20 de julio, minutos después de enviar la tropa a prender a Ensenada: “Esto está hecho, mi querido Keene, por la gracia de Dios, el rey, la reina y mi bravo duque, y cuando leas esta nota, el mogol estará a cinco o seis leguas camino de Granada. Esta noticia no desagradará a nuestros amigos en Inglaterra. Tuyo, querido Keene, para siempre, Dik. A las doce de la noche del sábado”.

La conspiración había triunfado, pero Wall no pudo encontrar prueba alguna de las presuntas órdenes de ataque: ni Keene se las mostró – luego dijo que era un informe, pues nunca las tuvo–, ni estaban en las casas de los caídos que mandó cerrar y registrar. Durante meses estuvo nervioso –Abreu, sabedor de que había sido utilizado le siguió pidiendo las pruebas que comprometían al gran ministro–; además, Wall temía la reacción de los ensenadistas y del propio rey, del que se decía que se arrepentía. Pero nada ocurrió. Ensenada no volvió a ver al rey, y Wall tuvo que arreglárselas, solo en la práctica, para mantener el artificio, lo que le resultó realmente terrible.

Huéscar había logrado hacer algo útil por fin –además de “profiter du Carnaval” cuando fue embajador en París y de vestir al rey cuando fue “mayordomo”–, había contribuido a paralizar un plan que a partir del rearme naval pretendía la protección de la América española, que desde entonces, desde el 20 de julio de 1754, empezó a perderse. Sin barcos era difícil mantenerla. La utilidad, obviamente, la había obtenido Inglaterra, y el propio Keene que fue recompensado por Su Majestad.

Pero Huéscar había logrado algo en lo que no pensaba: sin barcos era una locura meterse en la guerra, como comprendió el experto general Wall, que había estado en todas las batallas. Siguió por tanto la neutralidad. Y en lo relativo al *gobierno interior*, la crisis de julio dejaba al descubierto la realidad: ni Wall ni Huéscar tenían ideas alternativas, así que mantuvieron las mismas ideas programáticas, aunque con una indisimulada ineficacia en la ejecución y mucho miedo a la recuperación

de los ensenadistas. Wall ni siquiera pudo aspirar a hacer de aglutinador, mientras entre Eslava, viejo y rutinario, Valparaíso –un ahorrador que lograría llegar al fin del reinado con las arcas llenas– y Arriaga⁴⁶ –un marino muy distinto a su jefe, el “administrador” Ensenada– acabaron paralizando todo el proyecto militar y hacendístico. Luego lo pagaría Carlos III –el desastre de La Habana fue la primera consecuencia– e indirectamente, Wall, que hubo de abandonar un gobierno en el que no le podían entender. También lo pagaría Huéscar, odiado por la Farnesio, que le humilló al volver de La Granja en 1759 a esperar a su hijo, el rey Carlos III, y le puso freno a cualquier ambición en su reinado, si es que tenía alguna entonces⁴⁷. Los conjurados, los grandes resentidos por los éxitos de los “En sí nadas” –con Wall de ariete–, habían derribado a un gobierno, pero habían demostrado que eran incapaces de gobernar. Como siempre. Pero, como siempre, lo seguirían intentando. La próxima cita ...en la primavera de 1766.

Mientras, Isla suspiraba por la vuelta de su amigo Ensenada, que había cambiado Granada por El Puerto de Santa María⁴⁸. Por cierto, el viejo Diego de Torres se había retirado y vivía plácidamente, rodeado de sobrinos y criados, en el palacio de los Alba, en Salamanca. Por cierto, Torres ya no escribirá más que lo último de su *Vida* y almanaques, pero

⁴⁶ Unas notas biográficas sobre documentos inéditos acerca de este interesante y oscuro ministro, debidas a Juan Carlos Maestro, se publicarán en el número 26 de Brocar.

⁴⁷ Sobre el asunto, véase mi *Fernando VI*. También FERNÁNDEZ, R., *Los Borbones, Carlos III*, Madrid, 2001, y TÉLLEZ ALARCIA, D., “El caballero...”

⁴⁸ Sobre la estancia de Ensenada en El Puerto, Abad proporciona alguna noticia en su biografía, toda ella salvo precisamente las cartas desde El Puerto, prácticamente una burda copia del Ensenada de Rodríguez Villa. Cfr. ABAD LEÓN, F., *El marqués de la Ensenada, su vida y su obra*, Madrid, 2 vols., 1985. En el Archivo Municipal de El Puerto de Santa María, en el libro de actas correspondiente, se conservan dos notitas sobre el particular: el nombramiento de una comisión para recibir al marqués, y la información de que ya se le ha honrado visitándole. Al parecer, Ensenada habitó en El Puerto en la casa de los marqueses de Villarreal de Purullena, hoy en restauración. En el *Compendio historial de sus antigüedades*, escrito por Anselmo J. Ruiz de Cortázar en 1764, se dice “el marqués de la Ensenada las ocupó año de 1758, 59 y 60, siendo como es de un gusto tan delicado, manifestó no pocas veces que tenía mejor alojamiento que el rey Fernando.”

a Isla le quedaba por escribir nada menos que el *Gerundio* y muchas cartas... También a su amigo Ensenada le quedaba una segunda oportunidad.

Y aún faltaba el gerundiazo

Isla vivió tan ilusionado como los ensenadistas la vuelta a la corte de su amigo. El perdón de Carlos III, en 1760, era una reparación justa, pero también una señal de la “feliz revolución” que el iluso Isla esperaba del nuevo rey. Seguramente, la esperaba también Ensenada, que había tratado mucho a Carlos III –aunque de eso hacía más de veinte años–, y conocía su fama por la obra que había realizado en Nápoles con su ministro y amigo ilustrado Tanucci. Con esa ilusión cierta llegó a Aranjuez el marqués a besar los pies a Su Majestad después de hacer grandes exhibiciones el día de su proclamación, incluso con corrida de toros en El Puerto de Santa María. Sin embargo, Carlos III no le hizo caso. El rey cazador tenía cubiertas las necesidades de gobierno con sus italianos y con los restos del gobierno de su difunto hermanastro – Arriaga y Wall– que había prometido mantener⁴⁹. Ensenada recuperó honores, pero no cargo, ni poder. Fue miembro de la junta del catastro, pero el asunto no progresó; tampoco preocupaba al rey y a su ministro de Hacienda, Esquilache. Era otra corte y otros modos.

Isla también debía andar atribulado y desde luego tan inquieto como su amigo, pues la Inquisición había prohibido su *Gerundio* nada más aparecer en 1758, lo que no impidió que se convirtiera en un “best seller”. Isla se justificó –una vez más–, declaró que su intención no era mala, incluso que el texto no tenía más pretensiones que ser una novela, pero esta vez había pasado el límite. El *Gerundio* no era como el *Día*

⁴⁹ Domínguez Ortiz ha resaltado que el propio rey Carlos III tardó en adaptarse a los españoles, lo que todavía exasperó más la vieja xenofobia. Un embajador veneciano decía, en 1763, que el rey “sigue despreciando a sus nuevos vasallos y distinguiendo a los napolitanos, los sicilianos, los italianos en general”. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Carlos III y la España de la Ilustración*, Madrid, 1996, p. 46.

Grande o como el *Juan de La Encina*, una broma excesiva que se olvidaría pasada la ocasión; la obra era un conjunto de insultos lanzado por un sabio y prudente padre jesuita contra los otros padres, tontos y burdos. Si el antijesuitismo había ido creciendo durante toda la década a base de asuntos como la guerra del Paraguay, el atentado contra el rey en Portugal, la enemiga contra Wall –que ya vimos cómo llegó a temer una “coalicación” de jesuitas, colegiales y enseñadistas⁵⁰–, la obra de Isla era lo que faltaba para provocar lo que Ensenada tanto había temido: la guerra entre las “religiones”⁵¹.

Además, el *Gerundio* ridiculizaba nada menos que la palabra, *el verbo*, el instrumento por excelencia del adoctrinamiento religioso, como sabía él mejor que nadie, que se había pasado la vida de púlpito en púlpito. Y por si faltara algo, venía a atizar el fuego que encendió la censura contra Feijoo del padre Soto y Marne, un fraile también autor de sermones que Isla conocía bien –llevaba siempre consigo, dice irónicamente, su *Florilegio Sacro*–, tomando obviamente posición como la tomó el gobierno anterior de Fernando VI a favor de “nuestro Padre que estás en Oviedo”, en palabras del propio Isla, devoto de Feijoo.

El jesuita desoyó el consejo de sus importantes amigos y no buscó protección alguna: no había solicitado licencia a su provincial, ni aceptó poner un prólogo del “idiota Mayans” –así lo llamaba– para superar los

⁵⁰ El 7 de mayo de 1756, Wall le decía al cardenal Portocarrero (también ahora enemistado con su antiguo amigo Rávago): “El P. Rávago, los colegiales mayores y los enseñadistas se han unido y estos tres cuerpos hacen y dicen lo que quieren y pueden impunemente y en todo el ministerio no hay ni uno que tenga el espíritu vengativo que sería necesario a veces, en buena política, para el escarmiento de los malos. (...) Tanta malicia no debe desanimarnos”. OLAECHEA, R., “Política eclesiástica...”

⁵¹ Ensenada conocía bien el riesgo en asuntos de frailes. Cualquier pequeña señal de preferencia de unos u otros podía producir un cataclismo: “Si las obras de Noris corriesen en España –le decía a su amigo, el cardenal Valenti– se levantaría un cisma en las universidades que alborotaría todo el reino”. Unos días antes, le dejaba claro que no le interesaban nada las batallas claustrales: “Para mi es indiferente que corra o no corra la prohibición de las obras de Noris, pues busco dinero y fuerzas de mar y tierra y no teologías”. AHN, Estado, leg. 2850. Ensenada a Valenti, 6 de octubre y s.f., pero de 2 de junio, de 1750. Quizás este último párrafo es el mejor autorretrato de Ensenada.

retrasos que provocaba el “burro Curiel”, juez de imprentas. El escándalo fue mayúsculo, pero lo importante, como muchos de sus hermanos de orden notaron, era que la obra aumentaría el creciente descrédito de los jesuitas. El padre Burriel dijo que había causado “un infinito mal a la Compañía”.

Pero ese no fue el único “daño”. El Gerundio atizaba también en otros campos, por ejemplo, el de la ciencia –ya hemos visto al atrevido Isla polemizar, con Newton por medio–, en el que ridiculizaba la soberbia de algunos “filósofos” que pretendían ocultar el atraso de las ciencias, los métodos anquilosados, en fin, algo parecido a lo que hacía con su fraile ignorante, con el mismo método, rebuscado y deliberadamente ridículizando el ridículo. Las críticas gerundianas sobre los sabios llegaron a toda España, pero encontraron un blanco perfecto en Azcoitia, donde ya se reunían en tertulia –que el conde de Peñaflorida llamará “Junta Académica”– los “aldeanos críticos”, es decir los “caballeritos” que darían lugar a la Bascongada. Incitados por el *Gerundio*, los tertulianos azcoitarras salieron a la luz, publicando cinco cartas –el género epistolar es el género del siglo–, que compilaron bajo el título *Los aldeanos críticos, o cartas críticas sobre lo que se vera*, redactadas entre marzo y mayo de 1758⁵². El provocador Isla está, pues, tras una de las iniciativas más modernizadoras de su tiempo.

Tras el *gerundiaz*, Isla se retiró a su celda del colegio de Pontevedra adonde llegó el 23 de marzo de 1761 y de la que saldría al destierro, con sus hermanos, el 3 de abril de 1767, rechazando apoyos y a pesar de que había sufrido un grave ataque de apoplejía que le hubiera permitido quedarse⁵³. Para entonces, su amigo Ensenada vivía también en el destierro, del que tampoco volvería, una vez culpabilizado del motín de

⁵² Véase ASTIGARRAGA, Jesús, *Los ilustrados vascos, Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelona, 2003, p. 31-34. Un trabajo de gran importancia, pero todavía establece el autor la “sala de espera” en el reinado de Fernando VI, que sería en cuanto a ciencia “todavía especulativo y abstracto”, y una plenitud: “la preocupación por las aplicaciones técnicas de los avances científicos que caracterizará a los ilustrados de Carlos III”.

⁵³ Véase el estudio y notas de GÍMENEZ, E. a la edición de la obra de Isla, *Historia de la expulsión de los jesuitas...*, Alicante, 1999. La obra de E. GIMÉNEZ es imprescindible; debe consultarse su página web sobre los jesuitas.

Madrid. Ni Fernando VI ni Carlos III le dijeron nunca cuál había sido su delito. Roda todavía remató la jugada al comunicar a Ensenada que Carlos III “está persuadido del amor, fidelidad y honor de V.E.” y que no había “la menor apariencia de estar V.E. en su Real desagrado”.

Pero, mientras, ¿qué es de nuestro personaje en la sombra, don Diego de Torres Villarreal? Pues, el autor de almanaques, que se decía matemático y no aceptaba la esfericidad de la tierra –y que había censurado nada menos que a Jorge Juan⁵⁴–, que había sido catedrático, torero, cura, adivinador y recadista, había perpetrado sus pronósticos del año 1766, en los que anunciaba:

“La situación general del orbe político se registra con raras revoluciones que sorprenden los ánimos de muchos. Un magistrado que con sus astucias ascendió a lo alto del valimiento, se estrella desvanecido, en desprecio de aquellos que le incensaban.

Prepáranse embarcaciones que tendrán venturosos pasajes. Un ministro es depuesto de su trono por no haber imitado en justicia el significado del enigma:

Quién es aquél que nació
sin que naciese su padre,
ni tuvo madre...”

Como dice J. Soubeyroux, “de no atribuirle al Gran Piscator de Salamanca algún poder sobrenatural, habrá que reconocer que Torres, en el relativo retiro en que vivía, seguía bien informado de la situación política de la Corte”.⁵⁵

⁵⁴ cfr. GARCÍA CASTAÑO, D., *Biografía y matemática de Jorge Juan*, Novelda, 2002; SOLER PASCUAL, E., *Viajes de Jorge Juan y Santacilia*, Barcelona, 2002; LAFUENTE, A., y MAZUECOS, A., *Los Caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*, Madrid, 1987.

⁵⁵ SOUBEYROUX, J., “Torres...”, p. 211.

Por el contrario, cuando el conde de Ricla le escribió a Ensenada para pedirle consejo, el marqués le dijo que sólo se ocupaba de vivir lo más que pudiera y que no entendía de política.

Y en cuanto a nuestro padre Isla, ¿qué era de él? Pues andaba bastante atribulado en Bolonia, muy lejos de Villagarcía o de Pontevedra. Ya había pasado por la cárcel, y como siempre estaba con la pluma en la mano –en guardia, o mejor, de nuevo al ataque– aunque ahora tenía trabajo defendiendo a la compañía (por encargo) y –¡qué cosas!– ...atacando al Papa. ¡Quien lo hubiera creído en un jesuita!

Definitivamente, habían cambiado mucho las cosas desde aquella *Juventud triunfante* o aquel venturoso *Día grande...*, aunque nadie vio, ni antes ni después, la “feliz revolución” con la que soñara el pade José Francisco de Isla.